



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© Albert Balcells González, 2010
© de esta edición: Editorial Milenio, 2011
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2011
Depósito legal: L-779-2011
ISBN: 978-84-9743-456-0
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S. L.
Enquadernacions Prats XXI, S L

« imprès a lleida »

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Introducción	9
Marcelino Menéndez Pelayo y la cultura catalana. La relación con Antoni Rubió i Lluch	19
Regeneracionismo y catalanismo. El diálogo de Joan Maragall con Miguel de Unamuno y con Francisco Giner de los Ríos. La participación de Josep Pijoan	39
El apoyo de intelectuales de Madrid a la lengua catalana en 1924 y el homenaje de gratitud que recibieron en Barcelona en 1930	69
Un intento de convivencia y de diálogo entre las dos culturas: la Universidad Autónoma de Barcelona de 1933	87
Manuel Azaña y la autonomía de Cataluña	105
Los congresos de poesía de Segovia, Salamanca y Santiago de 1952 a 1954. Dionisio Ridruejo y Carles Riba	121
Los coloquios “Cataluña-Castilla” entre 1964 y 1971, el manifiesto “Homenaje a Cataluña” de 1966 y el debate entre Julián Marías y Maurici Serrahima	143
El encuentro de Sitges de 1981. El coloquio de 1984 en Girona ¿Qué es España?	175

INTRODUCCIÓN

Suele entenderse por intelectual la persona que tiene una cierta capacidad de pensar la realidad social y cultural y de influir críticamente en la opinión pública por medio del ensayo y de la presencia en los medios de comunicación. Se asocia la condición de intelectual a una cierta independencia, siempre relativa, en relación a los poderes públicos, los partidos, las iglesias o los grupos de presión. Sin embargo el compromiso con su sociedad suele llevar al intelectual a pronunciarse y a tomar partido. La reflexión del intelectual aspira a realizarse por encima de los conflictos, pero el conflicto ha sido el medio en que ha surgido la figura del intelectual.

Se caracteriza por pensar sobre la problemática de su tiempo más allá de los límites de la especialidad profesional que normalmente tiene, aunque con frecuencia la utilice como trampolín para lanzarse a una reflexión de alcance más amplio. También suele esperarse del intelectual que, al comentar un hecho de actualidad, adopte una perspectiva menos coyuntural y más general que la mera crónica periodística, y que aplique valores éticos universales por encima de las pasiones del momento. Desde Gramsci se tiene la costumbre de oponer el intelectual crítico al intelectual orgánico, que es el dedicado a generar la ideología que justifica la posición de la clase dominante. Pero la distinción, con ser útil, se presta, a veces, a una utilización maniquea y discutible.

Hay quien cree que ya no existen intelectuales, que hoy sólo hay expertos o especialistas y que se debe hablar de los intelectuales en pasado porque el humanismo, que era su medio, ha desaparecido. Es una obviedad que los tiempos han cambiado y que hoy resultan irrepetibles figuras como Émile Zola, Romain

Rolland, André Gide, Bertran Russell, Benedetto Croce, Miguel de Unamuno, Joan Maragall, José Ortega y Gasset, Eugeni d'Ors, Jean Paul Sartre, Raimond Aron o Joan Fuster, para poner sólo algunos ejemplos. Y esto no se dice aquí como un acto de reverencia nostálgica, como si de genios irremplazables se tratara, sino en relación con el contexto social. No existe hoy parangón con la incidencia cívico-política que tenían estos y otros personajes, no hay comparación con su proyección como figuras públicas. Entre otros factores, esto es atribuible a que ha desaparecido la confrontación ideológica anterior a la caída del muro de Berlín en 1989. Pero también a que los pensadores ya no tienen una consideración que les asemejaba a los oráculos o a los profetas de la antigüedad. En 1980 Pierre Nora consideraba desaparecido el intelectual oráculo y en 1983 François Lyotard anunció el fin de los intelectuales en tanto que figuras cuya ambición era encarnar lo universal. Una opinión parecida formuló Michel Winock en 1997. Mientras hay quien denuncia el mutismo conformista de los intelectuales, el antiintelectualismo se instala en la vida política.

En el caso catalán el papel de los intelectuales —fuesen poetas, novelistas, filósofos o historiadores— resultó sobredimensionado porque en ellos descansaba la identidad colectiva a falta de una institución política que representase a Cataluña, una institucionalización que no se consolidó hasta los años ochenta.

Más allá del caso catalán, tampoco es comparable en el resto de Europa la función que en su día ejercieron los intelectuales con el papel de los comentaristas y opinadores que se reparten actualmente las tertulias radiadas y televisadas, por meritoria y difícil que sea su labor cuando la desempeñan con criterio propio y no como simples representantes oficiosos de la línea de un partido. La edad de los intelectuales suele considerarse que va desde finales del siglo XIX hasta los años ochenta del siglo XX, como máximo.

Los intelectuales han sido con frecuencia literatos, historiadores o filósofos pero no todos los literatos, historiadores y filósofos han sido intelectuales en el sentido de la definición que se ha dado al principio. No lo han sido todos los escritores ni todos los profesionales dedicados a los diferentes campos del conocimiento. Cuando a Miguel Delibes le preguntó un periodista en 1981 que pensaba de las cuestiones debatidas en un diálogo entre intelectuales catalanes y del resto de España, celebrado en Sitges, respondió que él asistía como oyente porque sólo era un escritor, no un intelectual. Es posible que así intentase salir por la tangente, pero la respuesta confirma el enfoque que se acaba de dar anteriormente.

En el subtítulo del libro se ha dudado entre denominar “castellanos” o “españoles” a los intelectuales no catalanes. Se entiende que son los españoles de las tierras de lengua española o castellana, de las de fuera de Cataluña y no sólo los de la Castilla estricta. Se impugna a veces la denominación de intelectuales castellanos, derivada del hecho de que los catalanes suelen consi-

derar que la lengua catalana es tan española como la castellana y de que si se hablase de intelectuales españoles, se estaría considerando a los catalanes como no españoles. En el resto de España incomoda a veces el término de idioma castellano y se prefiere el de español, considerado como el idioma común. En los coloquios que tuvieron lugar clandestinamente en los años sesenta del siglo xx todos aceptaron que se llamasen de “Cataluña-Castilla”. Hay que advertir que los catalanes que admiten el término de español suelen considerar que en realidad Cataluña no forma parte de España, tal como es, o que forma parte de ella sólo a la fuerza. No entraremos ahora en esta cuestión identitaria cultural.

En lo referente a los intelectuales catalanes, se entiende aquí que han sido los que se adscriben a la conciencia de catalanidad, a la identidad propia de las tierras catalanas y especialmente a los que suelen expresarse en lengua catalana, aunque no siempre y en todo momento, y que quedan incluidos los que han utilizado casi exclusivamente el español pero se sitúan en un marco de referencias culturales catalanas, admitiendo sus implicaciones políticas o cívicas.

Los diálogos entre intelectuales de la España de habla castellana y los catalanes se han producido a lo largo de la historia contemporánea en términos eminentemente culturales pero siempre con un trasfondo político. Esto se explica porque esos encuentros comportan unas consecuencias en cuanto a política cultural ya que es función de los intelectuales formular propuestas que después han de tener su plasmación práctica y están en manos de los poderes públicos. Pero también hay que tener en cuenta que parte de los participantes de esos debates eran a la vez políticos, fuese de manera eventual o definitiva. No se entra aquí en el problemático encaje del intelectual en la disciplina de un partido y en la actividad de gobierno, ya que se suele considerar que la responsabilidad del ejercicio del poder reduce su libertad de expresión crítica.

En 1927 Julien Benda denunciaba la “traición de los intelectuales” porque dimitían de su función crítica para ponerse al servicio de pasiones e intereses nacionales o de clase y, de paso, hacer carrera, aunque el racionalismo de Benda era demasiado abstracto. Eso no quiere decir que el intelectual no deba ejercer el poder político, aunque no esté más capacitado para hacerlo que cualquier otra persona que tenga las aptitudes requeridas, aptitudes que el intelectual, por el simple hecho de serlo, no posee en más alto grado. Pero, en el extremo opuesto, no hay que quedar prisioneros de la imagen del intelectual perdido en la jungla de la política, condenado a la indecisión por su moralismo al comprobar que los valores en que ha de basarse toda política no son suficientes para definir una estrategia. No son incompatibles por principio la función del intelectual y el ejercicio de responsabilidades políticas. Depende de cada caso.

Tras estos intentos de definición, debe acotarse la ruta histórica que nos hemos fijado: la que va de la España y la Cataluña de la Restauración mo-

nárquica y borbónica en los veinte últimos años del siglo XIX hasta la primera mitad de la década de los años ochenta del siglo XX, sin superar ese tiempo. Como todas las acotaciones cronológicas, éstas son convencionales, pero cobran sentido si tenemos en cuenta que se parte de la época de los primeros pasos del catalanismo político hasta los de la consolidación de la denominada transición a la democracia en España, que a la vez son los años de la constitución de la segunda Generalitat contemporánea, es decir los primeros del segundo período autonómico catalán del siglo XX. Por problemáticos e insuficientes que resulten para muchos los logros alcanzados, no deja de ser el período más largo de relativa libertad y estabilidad política que hayan conocido España y Cataluña durante los últimos cien años, que no se han caracterizado precisamente por la convivencia democrática.

Resulta que aunque la historia de Francia haya sido diferente que la española y que la catalana, unos límites cronológicos parecidos establece Michel Winock en su libro *El siglo de los intelectuales*, una obra que se limita a hablar de los franceses y que fue publicada en 1997. Empieza con el “Yo acuso” de Zola en 1897 y el caso Dreyfus y da por terminado el ciclo con la muerte de Raymond Aron en 1983, tres años después de la desaparición de Sartre. Considera finalizado el tiempo de los intelectuales tomados como conciencia colectiva de la sociedad. No es que la política les esté vedada, pero en adelante los intelectuales se ocuparán de ella, dice, cada uno con sus competencias propias, con sus certezas y sus dudas personales y no en filas cerradas tras la Idea. En tiempos pasados, la ocupación y la posterior guerra fría produjeron en Francia la sustitución del intelectual moralista por el compañero de viaje, por el intelectual “comprometido”, de manera que en esa época hubo una renuncia a la autonomía del pensamiento en provecho de la razón de partido. Algo parecido y más acentuado ocurrió bajo el franquismo al sur de los Pirineos. A ambos lados de la cordillera la quiebra de las ideologías globalizantes de salvación terrena acabó con esa situación.

Pero eso no quiere decir que haya dejado de ser necesaria la función de los intelectuales. Para Winock tienen todavía una vocación crítica, han de recordar valores universales ante cada situación. La democracia, siempre amenazada y socavada, permanentemente incompleta, necesita de ese contrapoder intelectual, pero como una fuerza anónima, que sólo excepcionalmente sale del anonimato, sin pontífices carismáticos, sin el monopolio de unos cuantos sino como una misión de todos y en plena libertad de espíritu.

En cuanto a nuestro tema, el de las relaciones entre las élites intelectuales de Cataluña y del resto de España, no nos vamos a fijar más que en los episodios de diálogo y no en los desencuentros, aunque sea imprescindible tenerlos en cuenta con referencias relativamente breves. No pretendemos trazar una historia

de las relaciones de todo tipo, sino de la de los diálogos públicos entre intelectuales representativos y, sobre todo, entre grupos o círculos, al margen de los partidos políticos, pero sin excluir a los intelectuales encuadrados en ellos. La correspondencia privada entre las figuras aquí representadas sólo interesa en este estudio para esclarecer las condiciones y el sentido del diálogo público. Ha habido relaciones que, por interesantes que fueran, no generaron un diálogo público sobre la identidad catalana, como fue el de Narcís Oller con Pereda, Valera, Pardo Bazán, Clarín y Galdós. Las cartas que cruzaron tienen un interés grande pero no pasaron de literarias.

Hablaremos, pues, de personalidades con su individualidad pero en cierto modo representativas de Cataluña y de la España de habla castellana. La atención no se va a centrar en esas personalidades en términos biográficos ni literarios como escritores, sino en los condicionamientos individuales que influyeron en un diálogo que suponía voluntad de comprensión del punto de vista ajeno y capacidad de aproximación y de acuerdo, pero sin disimular las divergencias. Los factores personales de simpatía, admiración, prestigio, afinidad estética o profesional facilitan el diálogo pero no garantizan su resultado satisfactorio y productivo en términos de influencia sobre la opinión.

No hay que exagerar la importancia de los intelectuales pero tampoco minimizarla. Su influencia suele ser menor que la que ellos mismos se atribuyen o la que les presta el círculo que les rodea, pero tampoco es desdeñable. El intelectual fabrica ideas, imágenes, interpretaciones y proyectos globales, aunque pesan sobre él las inercias, las coyunturas cambiantes y hasta los prejuicios de los que no puede desahacerse y que dificultan la coherencia y la independencia a las que aspira. Hay momentos en los que los intelectuales han parecido guías y otros en los que las masas y los gobiernos han actuado arrastrándolos tras de sí, a remolque, pero siempre han ejercido un papel con más o menos relevancia, con mayor o menor independencia crítica.

En cuanto a la efectividad del diálogo entre los intelectuales representativos de las dos culturas, cabe advertir que ha experimentado grandes fluctuaciones durante el largo período que aquí se estudia y que equivale a una centuria. Los ciclos se han sucedido y repetido: de la concordia a la conllevancia, del reconocimiento a la marginación, de la solidaridad al alejamiento. No queremos anticipar conclusiones que el lector podrá sacar por sí mismo, pero tenemos la sensación de que cuando han faltado libertades en España y cuando ha parecido más difícil que se superase el atraso hispánico, más fácil ha sido la aproximación de la intelectualidad española a la catalana. Pero cuando se ha superado la parálisis y cuando Cataluña ha contado con unos instrumentos mínimos para asegurar el futuro de su identidad colectiva y para su desarrollo en todos los órdenes, entonces se han producido los desencuentros y se le ha girado la espalda.

Como veremos, ha habido encuentros que han sido invocados como precedentes a lo largo de cien años, convirtiéndose en tópicos como el de Menéndez Pelayo como amigo de la literatura en catalán, como el diálogo entre Unamuno y Maragall, como el manifiesto que se firmó en el Ateneo de Madrid en 1924 en favor de la lengua catalana o el homenaje a los escritores castellanos en Barcelona en 1930, entre otros hechos. Así, por ejemplo, en los años cincuenta Dionisio Ridruejo y Carles Riba mencionaban el diálogo entre Unamuno y Maragall como referencia y precedente.

Parece existir actualmente una sensación generalizada, al menos en Cataluña, de que el diálogo ha dejado de fluir. Incluso un hombre tan implicado en los coloquios “Cataluña-Castilla” bajo el franquismo como Josep Maria Castellet, no ha dejado de constatarlo en una entrevista concedida en 2010 con motivo de habersele concedido el Premio Nacional de Literatura, una circunstancia que da más fuerza a una constatación como esa por parte de quien la hace.

Hoy todo se da por sabido, parece que todo se ha dicho y que no hay más que hablar. Pero no debe ser así. Los catalanes se han visto empujados otra vez a la labor de “Catalunya endins”. Es la reacción ante la dificultad para un encaje sin renuncias en una España que no se reconoce a sí misma como plurinacional. Hoy se tiene la sensación que todos los esfuerzos de explicación y de persuasión llevados a cabo por parte de los catalanes en los últimos treinta años por medio de ciclos de conferencias, libros colectivos y exposiciones no han dado resultado alguno ante los intereses creados y los prejuicios arraigados.

De todos modos queda el hecho histórico de que existieron momentos de diálogo entre determinados círculos intelectuales en el pasado y vale la pena recordarlos. Y si las circunstancias políticas no lo imposibilitan, no es razonable pensar que no puedan reanudarse en términos distintos, claro está. Porque el diálogo es ineludible entre vecinos o socios y las relaciones no pueden dejarse en exclusiva a los políticos o a los poderes públicos ni reducirlo a las negociaciones entre intereses económicos, es decir del comercio y las finanzas, por importantes que sean. Claro que el diálogo puede resultar enturbiado por las pretensiones hegemónicas a causa de la identificación con el Estado español de siempre, más de treinta años después del Estatuto de 1979.

Existe un terreno de reflexión que debería ser un referente positivo para toda la población y que parece faltar. Hoy no estamos como hace cien años, pero la relación no es satisfactoria. La sentencia del Tribunal Constitucional de 2010, mermando el Estatuto catalán de 2006 e incluso abriendo interpretaciones que suponen un retroceso, unida al déficit fiscal permanente de Cataluña a favor del Estado español, se suman a amenazas aún mayores, que no contribuyen al entendimiento. Como dijo en 1997 Vicenç Villatoro, el catalanismo, cien años

después de la humillación española del 98, ha logrado retocar España pero no ha conseguido refundarla.

En la mayor parte de España las generaciones nacidas después de la Constitución de 1978 y del Estado de las autonomías continúan siendo educadas en un desconocimiento de la realidad histórica y presente de Cataluña, en una ignorancia casi tan crasa como el de las generaciones de sus padres y de sus abuelos. Están sometidas a una lluvia persistente de catalanofobia por parte de algunos poderosos medios de comunicación. La ignorancia les hace inermes ante las falsedades que se les dicen sobre la realidad y la cultura catalanas. Poco diálogo puede haber si se ve Cataluña como una molestia, como un problema, como una manía, como un rincón periférico aunque posea la otra gran metrópoli de España. Poco puede avanzarse si en Madrid y la mayor parte del territorio que gira en torno de él, están hartos de los catalanes.

El diálogo entre intelectuales es imprescindible, pero no depende todo de él. Interviene la capacidad para aprovechar las correlaciones de fuerza favorables y esa es misión de los políticos, a condición de que estos no piensen en la cultura como simple recurso retórico de sus discursos. Un político no puede dejar de lado la cultura aunque con frecuencia se tiene la sensación de que se la ve como un adorno. Si las puertas del diálogo que aquí nos ocupa, parecen cerradas, queda la del entendimiento entre catalanes, vascos y gallegos, una vía que está desaprovechada por el aislamiento en que parecen vivir los unos de los otros. Tampoco hay que descuidar la relación entre catalanes, valencianos y baleares, que igualmente no parece pasar por un buen momento. Pero estas dos últimas rutas, que no són incompatibles entre sí, no entran en la temática de este estudio, que se centra en los diálogos entre los catalanes y los españoles que no se sienten diferentes.

Estamos en plena ola de regresión autonómica. Todo motivo es bueno para poner en cuarentena el Estado de las autonomías, tan elogiado en Madrid hasta no hace mucho. La descentralización se hizo sin reducir la administración central, a la que se añadieron las nuevas administraciones de las comunidades autónomas y sin suprimir o adelgazar las diputaciones provinciales, sino al contrario. Ahora, cuando el déficit de la administración central es tres veces superior al de las comunidades autonómicas, se les echa a éstas la culpa del déficit como si ellas fueran las únicas responsables de la difícil situación de las finanzas públicas, cuando la administración central del Estado lo es aún más. A la hora de reducir el coste de la administración pública lo que gasta el Poder central se considera como indiscutible, mientras lo que gastan las regiones se presenta como derroche caprichoso. Se quiso contrapesar las tres o cuatro autonomías con base histórica y sentimiento nacional, con trece más y ahora, demasiado tarde, llega el arrepentimiento, y lo que no puede ser es que sean las primeras, las primeras e históricas, las que paguen los platos rotos.

Ante esta situación, quizás no sea el momento más afortunado para publicar el presente estudio, pero un libro de historia no está obligado a ser oportunista. No pretende el ensayo que el lector tiene en sus manos intentar corregir unas actitudes negativas que se retroalimentan en ambos campos, el español y el catalán. Sólo intenta trazar la historia de los encuentros sin ignorar los desencuentros. En 1997 Juan Luis Cebrián decía con orgullo que la Transición había coincidido con el despertar del protagonismo cultural de Madrid, hasta entonces una ciudad muy provinciana y alejada de Europa —lo decía Cebrián—, y también con la depresión de la vida cultural barcelonesa, que hasta entonces había brillado —según él— como puerta de Europa de cara al resto de España. En qué ha quedado todo eso sería un tema de discusión que ahora no abordaremos. Lo que interesa aquí —porque muchos españoles lo olvidan— es lo que decía a continuación Cebrián sin pretender halagar a los catalanes aunque hablase en Barcelona, pues ya hemos visto que exaltaba la “movida” madrileña. Y es que miles de los demás españoles saben que el catalanismo es un movimiento democrático que fue un obstáculo insuperable para la dictadura franquista, a la vez que es hoy un freno de las tendencias antidemocráticas y una garantía de que no se traspasarán determinados límites, si bien Cebrián reconocía, a continuación, que ese sentimiento democrático y esa valoración de la sociedad civil catalana aparecen muy poco en los medios de comunicación españoles —públicos y privados— radicados en Madrid y en otras regiones.

Si nos limitamos al campo de la historia, que es el del autor de estas páginas, parece que son muy pocos los catalanófilos entre el profesorado universitario español y cuesta encontrar quienes hayan podido llenar el vacío dejado por Vicente Cacho y Javier Tusell en Madrid. No hay interés por contar con profesores visitantes o conferenciantes de las universidades catalanas en las del resto de España. Aparentemente no se necesitan. Pero tampoco se incorpora la visión y la bibliografía catalanas a los temas de la historia de España que se enseña fuera de Cataluña. En los años setenta, por lo menos entre una minoría, no era así. Parece haber un desinterés que se traduce en ignorancia entre los alumnos universitarios de hoy que serán los maestros de primaria y los profesores de enseñanza media del mañana próximo. Cuando en Cataluña se ufanan de que hay ciento once universidades extranjeras con lectorado de catalán, se deberían preguntar cuántos lectorados de catalán hay en las universidades españolas, si la literatura catalana se explica dentro de las clases de historia de la literatura española como declaraba enseñar Menéndez Pelayo hace ciento treinta años en la Universidad de Madrid, y si la enseñanza de la historia de España ha modificado su esquema unitario y centralista tradicional.

Tanto si se reanuda o no el diálogo, en unos términos sin duda diferentes a los que aquí se estudian, la historia está ahí, inmodificable aunque reinterpretable, y vale la pena conocerla para mirar el presente con la indispensable perspectiva histórica.

Antes de finalizar la introducción de esta obra, acabada en diciembre de 2010, el autor ha de decir que hubiese deseado que este libro se publicara a la vez en versión catalana y castellana. Sin renunciar a la primera, se ha decidido dar prioridad a la segunda para ser consecuentes con la preocupación por el diálogo, que es el tema que aquí nos ocupa. Pero eso no quiere decir que este estudio esté dirigido sólo al público de habla española o castellana.